

de distinta manera al fin que al principio; léjos de ello se puede asegurar que éstos son síntomas de ausencias de carácter; las luchas nacen de que fuerzas distintas lleven la lucha á sus resoluciones. Don Carlos, pues, ni es carácter, ni es dramático. Don Juan, que debiera ser esencialmente simpático, se hace odioso por el ensañamiento que muestra con D. Carlos moribundo; escena que, siendo horrible é innecesaria, no da interés á la obra; esto, unido á que un padre, que adquiere el convencimiento de que D. Carlos causó la muerte de su hijo, no debe repetir tanto su promesa de marcharse, sino hacerlo, ni destilar siempre sangre en presencia de su asesino. Doña Teresa es mujer que se hace poco interesante por su carácter seráfico, pero que no tiene ni aún la noción del bien, pues debe abandonar á su marido, que es un malvado, y acompañar á su hijo, y, por tanto, sus vacilaciones no se comprenden.

Anselmo es un rencoroso dispuesto para atizar el fuego vengativo de D. Juan, pero completamente excusado. Elena no está bien determinada, pero es el más agradable. Los banqueros son monigotes dispuestos con resortes mecánicos para danzar cuando los necesita D. Carlos.

La forma y estilo son muy desiguales. *Echegaray* es un genio desbordado y nada más. En todo se le ve grande y pequeño, sublime y ridículo. No tiene formado el gusto dramático, ni estilo propio, ni domina la forma que ha de dar á sus pensamientos. Si no fuera así no le comprenderíamos; sería imposible hallar tan-

tas diferencias en todo; vamos á manifestarlas y á examinar sus bellezas poéticas, sus efectos, sus episodios, sus recursos.

Algo repugna el escandaloso alarde de cinismo que hace D. Carlos, hablando con Ramon, de sus futuras conquistas María y Elena; pero, aún repugna más, aquella contestacion irónica que da á Teresa, cuando ésta trata de convencerle de que debe casar á Alfredo con Elena. El uso que en esta misma escena hace de la carta de Ernesto es oportuno y acaso lo más conmovedor del acto, si se exceptúa el final que es magnífico. Cínicamente egoísta, pero que sirve para marcar el carácter de D. Carlos, es la exclamacion siguiente, en que se duele de que Ernesto escribiese la malhadada carta:

¿Para qué querrá escribir
un hombre que va á morir?
Sólo para molestar
á los que en aquel abismo
con más prudencia ó más suerte
escapamos de la muerte.
¡Pero señor, qué egoísmo!

Medianamente versificado está todo el acto segundo: se distinguen, sin embargo, por el mal gusto los discretos inoportunos de D. Carlos en la escena con don Ramon. Es de efecto la escena con que concluye.

En el tercero hay muy poco movimiento. Es bella la escena entre Elena y Alfredo; más bella aún la de éstos con Teresa y Juan cuando dice:

ELENA. ¡Ya no hay dicha para mí!
 TERESA. La dicha no es el placer,
 no es la pasión desbordada;
 es el alma inmaculada;
 es cumplir con el deber.
 No hay dichas en este suelo
 sin una conciencia pura;
 no hay, Elena, más ventura
 que la que baja del cielo.
 Ya lo veis... á mí... el dolor
 me está... mordiéndome... en el alma...
 sin embargo... tengo calma...
 estoy serena... El Señor
 me da fuerzas, y jamás...
 una lágrima... el quebranto
 de mi pecho... ¡No, Dios santo:
 no puedo, no puedo más!
 (Sin poder contenerse rompe á llorar y los abraza de nuevo.)

Al decir tan bellas frases en situación tan conmovedora, aparecen D. Carlos y D. Ramon; aquél impaciente, porque no recibe el telegrama de Londres, despacha á éste para que vaya en su coche á la estación telegráfica. Don Carlos se queda oculto, y empieza una escena tan dramática que Shakespeare no la despreciaría.

ESCENA VIII.

Doña Teresa, Elena, Alfredo y D. Juan siempre en primer término: D. Carlos, en la puerta de su despacho, medio oculto por los cortinajes.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Una romántica escena!
 JUAN. Cuando tu padre no exista
 hácia mí vuelve la vista...

y será tuya mi Elena.
 (Don Carlos hace un movimiento, pero se detiene y ahoga una terrible exclamación.)
 JUAN. ¡Ven, hija!
 TERESA. ¡Mi pecho estalla!
 ELENA. ¡Madre!
 TERESA. (Abrazándola.) ¡Elena!
 (Abrazando á su hijo.) Si los dos...
 ¡Por última vez!
 ELENA. ¡Adios!

ESCENA IX.

Elena se arranca de los brazos de Doña Teresa y sale con su padre por el fondo. Alfredo se precipita tras ella; su madre le contiene: D. Carlos siempre observando desde la puerta de su despacho.

ALFREDO. ¡¡Hasta que mi padre!!
 TERESA. ¡¡Calla!!
 ALFREDO. ¡Es mi pensamiento fuego!
 TERESA. (Con acento y ademán trágicos.)
 ¡Si no consigues ahogarlo,
 mátate para matarlo!
 ¡¡Yo tu madre... te lo ruego!!
 (Alfredo cae de rodillas á los pies de Doña Teresa y oculta el rostro entre las manos. Detrás de Alfredo, contemplándole, de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho, D. Carlos. Pausa. Doña Teresa levanta la vista, ve á su esposo y da un grito.)
 TERESA. ¡Carlos!
 ALFREDO. ¡Padre! (Vuelve la cabeza sin levantarse.)
 CÁRLOS. (A Alfredo.) ¡Yo te oí!
 TERESA. ¡Por el ángel de mi guarda!
 Alfredo intenta levantarse. Don Carlos le pone una mano en el hombro y le obliga á continuar de rodillas.)
 CÁRLOS. (Con ira reconcentrada.)
 ¡No te levantes!... ¡y aguarda!

¡de rodillas!... ¡sigue así!
 que está muy puesto en razon
 si has de contar de mi vida
 los instantes... ¡parricida,
 parricida de intencion!
 que los cuentos de tal suerte
 y en tan humilde postura,
 que al llegar por mi ventura
 el momento de mi muerte,
 de tanto esperarla así,
 esté ya cansado y frio
 ese cuerpo que fué mio (Con voz terrible.)
 y en hora infame te dí!

Poco se puede crear más conmovedor y patético.
 ¡Qué frase tan sublime la de la madre!

¡Si no consigues ahogarlo
 mátate para matarlo!
 ¡Yo, tu madre... te lo ruego!!

¡Qué bella! ¡qué digna! ¡qué levantada es Teresa
 cuando diciéndole su hijo que abandone á su marido
 porque

Llevas de mártir corona;
 ¡el dolor en tí se ceba!

responde

¡Abandona una manceba;
 una mujer no abandona!

Tambien es dramático, bien preparado y de mucho
 efecto el monólogo de D. Cárlos, presa de desconsola-

dores pensamientos que le llevan hasta lamentarse del
 abandono en que va á quedar con la separacion de su
 esposa é hijo y tomar el retrato de éste y besarle apa-
 sionadamente; aficcion que desaparece con la entrada
 de D. Ramon y los banqueros anunciando el triunfo,
 con lo cual desaparecen los síntomas de arrepentimiento,
 pronunciando, en otro parlamento motivado por la
 ausencia injustificada de los banqueros y D. Ramon,
 frases horripilantes, cínicas y altaneras.

Hablando del epílogo de *La última noche* ha dicho
 un crítico reputado que: «allí es donde se siente *pal-
 pitacion de humanidad*; allí es donde el ingenio del
 poeta hiere en los grandes resortes del alma, y encuen-
 tra los acentos terribles de la pasion; allí es donde el
 instinto dramático de *Echegaray*, extraviado por los
 senderos angostos de un laberinto artificioso, sale por
 fin á lo ancho.»

Hé aquí una de las pocas veces que ha acertado el
 señor D. Peregrin García Cadena que es el escritor
 aludido: realmente, como él dice, aquel despertar de la
 conciencia; aquel vértigo de un alma que se asoma por
 primera vez á un abismo; aquella lucha con las som-
 bras; aquella última fiebre de redencion que pide con
 impaciencia desgarradora el vaso puro de la inocencia
 donde aplicar los labios; aquel cuadro negro y solemne
 en que resplandecen á cada instante los relámpagos de
 genio del poeta, es bello en su conjunto, es grandioso,
 es eminentemente dramático, y en él está el drama.
 D. Cárlos luchando contra sus fuerzas físicas que se

agotan y que aún no pueden reducir su indomable voluntad, con sus remordimientos que le llevan al delirio y á la creacion de sombras y fantasmas que le recuerdan sus faltas, con su ansia de salvacion que tardíamente alcanza, es altamente conmovedor é interesante, en tal grado, que quizás pueda acusársele á *Echegaray* de haber abultado lo trágico de estas escenas que corresponden al arrepentimiento de crímenes grandiosos, inmensos, que el miserable Carlos no ha cometido, porque su avaricia sería suficientemente castigada con conflictos de pobreza y miseria. De todas maneras el que no haya sido proporcionado lo magnífico del fin con lo feo del principio, no quita hermosura ni grandeza á los recursos empleados por el autor.

No siempre es afortunado *Echegaray* en la expresion de los sentimientos que luchan en este epílogo. Tambien hay amaneramiento y comparaciones de mal gusto, y si muchas veces es enérgico, conciso, valiente, completo, otras peca de rebuscadísimo y afectado. De lo mejor dicho y combinado es la escena XII, monólogo de don Carlos que dice así:

CÁRLOS. Ya se fueron... ¡qué agonía!...
¡necesito respirar!...
Cuanta brisa hay en el mar
pienso que no bastaría
para calmar este anhelo!
(Apoyándose primero en la butaca y despues en la mesa se acerca vacilante al balcon.)
¡Mirar no quiero hácia allí!
(Señalando con el brazo, pero sin volverse, al interior del salon.)

¡ Todo está negro, ay de mí!
¡ Y todo azul en el cielo!

(Levantando la cabeza y figurando que mira el horizonte y el firmamento. Pausa. Respira con más facilidad y parece gozar algunos momentos de calma.)

¡ Todo no!... (Retrocediendo con espanto.)

¡ Sombras tambien!

¡ Negros paños... y blandones!...

¡ Golpeando está á borbotones
mi sangre hirviendo en la sien!

En esa estancia sombría
están mirando mis ojos
los miserables despojos
de aquella hermosa María!

Yo quise hacerte sentir
la dicha inmensa de amar,
yo quise hacerte gozar
placeres que hacen morir.

Y morir al fin te hicieron
tras infamante calvario,
y á ese lecho funerario
deshonrada te trajeron.

¡ Fantasmas de mil placeres,
ensueños de mil amores,
marchitas y tristes flores,
mujeres... pobres mujeres!

Si cuanto os hice llorar
hoy pudiera recoger,
otro mar lograra hacer
más amargo que ese mar!

Dejadme... dejadme... paso...

(Como luchando para separar fantasmas.)

¡ María!... ¡ Elena!... ¡ Teresa!

¡ La losa cuánto me pesa!

¡Aire... luz... agua... me abraso!

¡Perdonadme... veis que lloro!....

¡Dadme de beber!...

(Se precipita sobre la mesa, toma la copa y bebe con ansia; despues la rechaza con horror y la arroja al suelo.)

¡Qué horror!...

¡¡A sangre tiene sabor

la maldita copa de oro!!

Es, en fin, este drama un conjunto informe de bellezas y monstruosidades; como obra del genio, estupendo; como manifestacion dramática, absurda, y contraria á todas las reglas; pero, ya lo hemos dicho, debe tenerse en cuenta que en él no ha cifrado el autor su reputacion de dramaturgo, solamente se ha propuesto hacer una prueba, que no será la última, empleandó en su desarrollo elementos realistas como ántes los empleó románticos, y como empleará despues unos y otros, en confusa mezcla, hasta dar con la fórmula que mejor convenga á sus futuros planes. Pedir otra cosa, suponer otro objeto, sería desconocer la idea que guia á *Echegaray* á escribir este drama, como la que le guió á escribir *La esposa del vengador* y le guiará á escribir otra, ú otras, si así lo cree necesario ó conveniente á sus propósitos.

Cuando meditamos acerca de la conducta de *Echegaray* no sabemos cuál admirar más, si su constancia en perseguir su objeto á pesar de todos los obstáculos y contrariedades, sin temor á la crítica ni á la impopularidad, ni al descrédito, ó la grandeza que sabe imprimir á esas obras producto de una imaginacion calenturienta

y desordenada, porque asombra verdaderamente la consideracion de lo que hubiera podido hacer, con su genio potente, si prescindiendo ménos del arte, y dirigiendo discretamente el vuelo de su fantasía, hubiese hecho principal lo accesorio, esto es, hubiera tenido como fin lo que tomó como medios, y al escribir cada uno de los dramas le hubiese concedido toda su atencion, en lugar de tenerla fija en otra parte, en el objeto capital de sus miras y esfuerzos, y del que sus primeras obras eran instrumentos ocultos pero utilizables y eficacísimos.